
La fascinación de la otra realidad

MICHEL MESLIN

L'expérience humaine du divin

(París, Editions du Cerf, 1989)

Michel Meslin, además de rector de la Sorbona, es profesor de Antropología religiosa en esa prestigiosa Universidad. Y, no menos importante, excelente investigador de la doble categoría empírico-imaginativa sagrado/profano, divino/humano, y, en registro generalizado, de la cultura, de la creación y de la espiritualidad, de la trascendencia, en una palabra. Lo prueba con tanta sofisticación como sensibilidad en *L'expérience humaine du divin*, volumen de más de 400 páginas que acaba de aparecer y que he leído —y releído muchas de sus páginas— con verdadera avidez e intensa fruición. Quiero decir desde el principio que se trata de una magnífica exposición sintética original, de una briosa y personal historia comparativa del hecho religioso, pero a la vez de lo más actual, de forma que todo el que

quiera conocer el *state-of-the-art* de la Antropología religiosa en una de sus mejores formulaciones, aquí tiene su libro. ¿Por qué escribo todo esto? Voy a hilvanar brevemente algunos de los conceptos fundamentales que tejen la monografía.

El profesor Meslin parte de la experiencia humana como fundamento y base de la vivencia de lo trascendente, hecho o fenómeno real que posibilita el acercamiento a potencias superiores, a lo divino y que, por tanto, permite una Antropología religiosa. Experiencia es, por consiguiente, un concepto eje en el acercamiento antropológico a lo religioso, concepto y método desarrollados y magníficamente utilizados anteriormente por Sir E. E. Evans-Pritchard —*The Nuer Religion*, 1956— y especialmente por G. Lienhardt en *Divinity and Expe-*

rience (1961), libro seminal y de lectura obligatoria. ¿Qué aporta Meslin a esta trayectoria británica antropológica? Una formulación teórica convincente del concepto. El primer paso, nos dice, que debe andar toda Antropología religiosa consiste en comenzar por el análisis, lo más concreto posible, de las realidades vividas por el hombre en su contexto cultural. ¿A qué nivel y en qué momento de la experiencia, tanto individual como colectiva, se sitúa la intencionalidad propiamente religiosa? ¿Quién experimenta qué?

Experiencia puede significar lo conocido a través de la observación repetida y controlada por hechos, lo que equivale a equiparar experiencia y experimentación; es lo que los alemanes cualifican como *Erfahrung*. Pero frente a éste acuñan otro concepto y palabra: *Erlebnis*, por la que se refieren a todo suceso o hecho vivido o experimentado por una persona; el sujeto se apropia del contenido porque lo experimenta viviéndolo. Esta vivencia proporciona el carácter de realidad y fundamenta el valor de autenticidad y verdad en aquel que la experimenta. Bajo esta perspectiva se realza la primacía de la experiencia personal como el modo de acceso a un cierto tipo de conocimiento más inmediato y directo, y para algunos más válido y verdadero que el conocimiento conceptual y reflexivo. En tanto en cuanto vivencias de «lo sagrado» en una existencia individual, en tanto en cuanto aquello sea interiorizado y aprehendido por la conciencia personal, nos movemos en la esfera de la *Erlebnis* o, como el autor

acertadamente lo designa, en lo *expérientiel*.

Ahora bien, el sentimiento de finitud y dependencia absoluta humanos, la vivencia de los problemas fundamentales que el hombre tiene que afrontar como son el sentido de la vida, el amor, la muerte, el bien y el mal, no sólo se dan en la experiencia individual, sino en el contexto del mundo en que vivimos, lo que implica necesariamente una relación al Otro, la alteridad. Por consiguiente, esta experiencia —*Erlebnis*— inicial incorpora simultáneamente ideas, sentimientos y prácticas que estructuran la experiencia religiosa subjetiva en una totalidad compleja en la que confluyen elementos subjetivos, psíquicos, volitivos, intelectuales e imperativos éticos y sociales. Así, injertado en un nivel de conciencia pasivo, receptivo, de radical dependencia, vibra y actúa otro caracterizado por la autonomía y la libertad, por la conciencia objetiva, reflexiva del sujeto frente a sí mismo —*Erfahrung*— o, en otras palabras, por la experiencia y la conceptualización unidas. El resultado reflexivo de la experiencia que el hombre tiene en este mundo de finitud está a la base de la idea de trascendencia y, por tanto, de toda religión.

El hombre es, sin duda, el *lieu* de la experiencia, de toda experiencia que con frecuencia no domina porque le supera; la experiencia es, ciertamente, vivida como auténtica, como real e incluso como insospechable, pero los términos a través de los cuales la describe el sujeto, ¿no son ya en sí mismos una interpretación? La idea de un Otro infinito e inmensamente su-

perior, de algo eterno y mucho mayor que el hombre, ¿es solamente un dato inmediato de la conciencia? ¿No se trata más bien de una interpretación del sujeto que experimenta, interpretación que es resultado de todo un interjuego de factores culturales, sociales y políticos y que implica un juicio de valor, una creencia en una palabra? Al hecho psicológico se le añade una proposición metafísica. Intuición, experiencia e interpretación se complementan, no se oponen, en el hecho religioso.

La interpretación trata de comprender y dar razón de aquello que hay escondido o más allá del suceso o fenómeno que aparece a los sentidos; las ciencias exactas o fuertes o se han desinteresado o no han proporcionado ninguna respuesta a la experiencia religiosa. Pero, desde el momento en que un antropólogo visualiza la religión como un sistema de creencias, de mitos y ritos que funcionan de una manera precisa y llevan la marca del contexto histórico-cultural en el que se han desarrollado y de la sociedad en que actúan y medran, la interpretación no sólo tendrá en cuenta la formulación ofrecida por los fieles, sino también la que proporciona el observador y antropólogo, esto es, la interpretación individual y la pública en la que las representaciones colectivas, las imágenes, símbolos y dogmas son prominentes. Ciertamente que cada interpretación del mismo hecho religioso no puede menos que encontrar aquello que busca, de forma que el enfoque psicoanalítico, sociológico, psicológico, económico o político producirá cada uno y en conjunto una plurivocidad

de respuestas. Pero, si no olvidamos que es precisamente la Antropología la única disciplina que realmente tiene en cuenta la totalidad de la cultura y de la sociedad —recordemos la formulación maussiana del hecho socio-cultural total— en la que son vividos y experimentados los hechos religiosos, tendremos que concederle un lugar privilegiado en este cometido interpretativo entre las demás disciplinas. Hay que investigar la religiosidad como un *Kulturganze*, sencillamente porque no alcanzamos la comprensión sino en el interior de un *Zusammenleben*, en una convivencia y en un conjunto de relaciones internas entre los hechos religiosos y los hechos culturales.

Meslin avanza un paso más, paso firme y seguro, al elaborar una gramática de fenómenos religiosos fundamentada en la tensión entre la experiencia religiosa y la expresión que el hombre le da en cada cultura. El universo simbólico, nos dice, se sitúa a dos niveles. Uno es el de las imágenes fundamentales, nivel más profundo y menos elaborado que la lengua hablada o escrita; a éste le llama nivel de símbolos figurativos y cósmicos (el agua, el fuego, la luz, la montaña, por ejemplo). El segundo es el nivel de los símbolos religados estrechamente a un contexto cultural-religioso particular. Pero en los dos casos, y una vez más, reaparece el engranaje que tanta consistencia y perspectiva da a la monografía: la significación objetiva de todo símbolo religioso, la enraizada en una tradición y la que proviene del mundo natural, viene siempre más o menos modifi-

cada por la situación y experiencia personal del sujeto que incorpora en sí mismo cada símbolo para sentir individualmente y vivir mejor su personal relación con la divinidad. Los símbolos religiosos verdaderamente eficaces, los que pueden tener una significación real para el individuo son aquellos que se dirigen y hablan al hombre total, al individuo a la vez cósmico y socializado, al hombre compuesto de alma y cuerpo, de naturaleza y cultura.

Los símbolos, mitos y rituales más los conceptos *ad hoc* de los hombres manifiestan su versión de lo sagrado, realidad que aquéllos tratan de transcribir, pero que siempre y en última instancia permanece velada, escondida. Meslin, frente a Durkheim, realza a través de un minucioso y documentado análisis del campo semántico la ambivalencia de lo sagrado o, dicho de otra manera, la dialéctica fundamental sagrado/profano. Lo sagrado es bifrente con una dimensión positiva —la presencia divina— y con otra negativa, ya que prohíbe el contacto a los humanos. En nuestra tradición cultural, lo mismo que en otras, esa polaridad va unida a la de puro/impuro y las dos revelan una dialéctica constante entre un principio de separación —el tabú— y un principio de conjunción debido a la dotación de poder superior que se atribuye a un objeto, animal o persona. Lo sagrado atrae, por tanto, y rechaza al mismo tiempo. Es esta dialéctica ambivalente de lo sagrado la que se opone a lo profano, efectivamente, como ya señaló R. Caillois; es este doble aspecto de lo sagrado el que se manifiesta en dos tér-

minos: a) la santidad o lo sagrado benéfico, que tiene como corolario la categoría de puro, y b) la mancha, mácula o contaminación, el aspecto maléfico, que tiene por corolario lo impuro. Al oponerse estos dos polos, definen lo profano. Santidad y mácula se oponen a profano; la santidad aborrece a la vez lo impuro y lo profano. Este no es sino la desacralización de lo sagrado. Con esta sistematización nos alejamos de Durkheim.

Mil millones de los cuatro mil que pueblan nuestro mundo se dicen cristianos —600 millones católicos romanos—; 600 millones se confiesan hinduistas, y otros 600 se alistan en el Islam. A estas cifras de creyentes hay que añadir unos 250 millones de budistas, 300 millones de sintoístas, taoístas y confucionistas y algo más de 200 millones de animistas, que suman 3.400 millones de personas que se declaran creyentes, lo que equivale a las tres cuartas partes de la humanidad. Otro factor interesante: hoy unos dos tercios de la humanidad profesan una religión extranjera, importada a su geografía e historia nacional. Teniendo todo esto en cuenta, no es de extrañar la importancia concedida en la monografía a los cuadros culturales de la experiencia religiosa. Efectivamente, vienen bajo esta rúbrica, tratados con pluma maestra, problemas de aculturación e *inculturación*, las temporalidades del tiempo y las múltiples moradas del espacio religioso. Acumula, además, en esta sección amplio conocimiento y erudición, descripción imaginativa con síntesis rigurosa que muestra en acción al pasar revista a conceptos y categorías como rito, li-

turgia, fiesta, trance, *trickster*, santos abogados y curadores, etc. Pero no puedo menos de subrayar, además de lo anterior, las páginas dedicadas a la antropología del peregrinar, ensayo-joya, verdadero equilibrio entre narración histórica y análisis cultural.

Lo que he escrito hasta ahora no da ni mucho menos idea de la riqueza antropológico-religiosa de este volumen. Por sus páginas desfilan mundos metafísicos fascinantes, otras realidades religiosas, además de la cristiana, como son los del Islam, de Confucio, de Buda, etc., y todo un conjunto heterogéneo de culturas en espacios y tiempos diferentes —los antiguos griegos, los indios navajo, los mbola del Congo, los haitianos, por dar unos ejemplos— enhebrados todos por el hilo común de la experiencia religiosa y por la naturaleza y función análogas de los símbolos religiosos en el doble nivel especificado. Con elegancia y concisión narrativa nos presenta a los santos padres, a San Agustín, Tauler, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio y Lutero en conversación religiosa con Homero, Platón, Aristóteles, Jung, Freud, Eliade y Péguy; y de los textos bíblicos nos lleva a la lectura del Corán, al lenguaje de los místicos, tanto cristianos como sufíes, y a la consideración simultánea del *logos*, *dabar* y *nous* en un análisis comprensivo, sincero y apasionante. Las técnicas espirituales cristianas vienen analogadas a la recitación de *mantras*, a los *nembutsu* búdicos y a los *dhikr* musulmanes; y el *tawhid* del sufí al místico hindú y a un texto de San Pablo. Antropología *at its best*.

Tampoco he señalado, ni voy a entrar en ello, el carácter histórico-comparativo de la obra, algo esencial en un tema religioso para proponerlo con rigor, es decir, con profundidad temporal y con generalización geográfico-cultural, pero sí quiero decir que todo concepto, categoría y noción religiosa importante —por ejemplo, la historia de la relación entre persona y divinidad en tradiciones religiosas diferentes— viene históricamente investigado y comparado. Y todo esto sin contar las consideraciones más técnicas en torno a función, contexto, historia, arquetipo, etc., a las que dedica páginas tan detalladas como poderosamente argumentadas. De aquí que pocas monografías iluminen como ésta y de manera tan penetrante y atractiva la trayectoria religiosa de la humana condición y de sus particulares situaciones culturales.

Particularmente atractivos me han parecido los escorzos rápidos pero intensos sobre la importancia del sentimiento en la religiosidad —tema generalmente e inconcebiblemente ausente en las monografías antropológicas—, sobre el sacrificio y su significado, sobre la fe, sobre la naturaleza y objetividad de la creencia, la verdad y la credulidad, conceptos todos ellos clave y evocativos en la investigación de lo sagrado, especialmente porque detrás de ellos se oyen las voces de las diferentes culturas clamando en este mundo de la finitud, por entablar una relación con el más allá, con la divinidad. También he encontrado no sólo atrayentes, sino originales, las ideas vertidas en torno a las características y funciones de la religiosidad popu-

lar, a la fuerza y valor de las representaciones iconográficas y al concepto de africanización de la religión, tema éste que juntamente con las páginas que dedica a formular la potencia religiosa de la anamnesis merecen una sosegada lectura.

Por el contrario, y en conexión y contrapunto con el espacio dedicado a la idea e imagen del paraíso, encuentro una ausencia significativa en este volumen: la reflexión antropológica sobre el mal, esto es, sobre el problema del mal humano, del mal social, del mal cósmico y del mal metafísico, etcétera, es decir, consideraciones sobre la cultura, la teodicea y la teología del mal que son no sólo pertinentes, sino esenciales en todo volumen religioso-antropológico. También hubiera sido deseable rellenar otra laguna que provoca precisamente uno de sus temas originales y bien delineados: el de la paternidad divina. Estimo que debería ser complementado por la correspondiente figura femenina, no sólo importante hoy en el área del Mediterráneo, sino de una milenaria tradición a los dos lados de la cuenca y en otras tradiciones culturales muy alejadas de la nuestra. El autor puede, desde luego, optar y decidir por la dedicación especial y extensión otorgada a cada uno de los conceptos y temas en concordancia con las líneas maestras de la arquitectura de la obra, pero alguna de esas columnas como las dos que acabo de indicar son parte esencial del edificio que Meslin tan acertadamente construye.

Con todo lo expuesto no he hecho justicia —puedo asegurar al lector— a la riqueza teórico-imaginativa e histórico-comparativa de *L'expérience humaine du divin*. Virtuoso en la exploración de la ordinaria experiencia humana religiosa, el rector de la Sorbona prueba cómo una palabra sacra en el Extremo Oriente, o la historia de un singular concepto occidental, o el meticuloso detalle ritual en una desconocida aldea africana, hablan hoy en alta voz, patentizan y formulan las cuestiones más fundamentales, pasadas y presentes, de nuestra humana condición. Toca techo humano. Libro entre los mejores de su género, produce y deja una deliciosa y profunda experiencia al leerlo porque, además de presentar una teoría explicativa coherente y unificada de lo sagrado y de lo profano, evoca con imaginación la creatividad metafísica humana y valora el poder mítico-mental del hombre en una época tecnificada y por tanto productora de violentos zig-zags entre lo divino y lo humano. Valdría la pena que los políticos tuvieran al alcance de la mano monografías locales sobre teodicea social para una más completa visualización e interpretación de las revoluciones de carácter místico-mesiánico, de las que tan pródigo se ha mostrado nuestro siglo xx. Como ésta ha sido escrita con tanta elegancia como sencillez, es apasionante y excitante no sólo para antropólogos. La recomiendo a todos.

Carmelo LISÓN TOLOSANA

De la mitología a la sociología de mayo del 68

ANTONIO SÁENZ DE MIERA
Mayo del 88, 20 años antes
 (Madrid, Tecnos, 1988)

Cada día que pasa parece más seguro que aquel mayo francés que conmocionó al mundo se ha convertido ya definitivamente en una *novela familiar*, no sólo porque la rememoración constante de aquellos hechos, aquellos paisajes urbanos, aquellos personajes (hoy ya casi fantasmas) acaban circunscribiendo un espacio simbólico familiar y limitado, infinitamente imaginable y escribible, presto casi de una manera inmediata a ser objeto de la narración personalizada; es que también la evolución que el significado y las interpretaciones que los movimientos del mayo francés han experimentado en la cultura política, cívica y cotidiana occidental se adapta casi milimétricamente al sentido fuerte que al concepto de *novela familiar* le da el *psicoanálisis* freudiano, esto es, la forma en que los sujetos imaginan su historia familiar, no como ha sido realmente, sino como deseaban que hubiese sido: las fantasías que se atribuyen a la ruptura edípica, en las que imaginariamente se rehace de nuevo la vida, de acuerdo con una nueva genealogía más de acuerdo para su *narcisismo*.

Es así, en esa forma imaginaria de novela familiar, como acabamos, casi, de celebrar el vigésimo aniversario de mayo del 68. Entre grandes despliegues informativo-culturales (números monográficos de revistas especializadas en ciencias sociales o, simplemente,

ilustradas, páginas enteras de periódicos, libros conmemorativos, columnas y artículos de los pensadores más aplaudidos del país, actos frívolos de diverso tipo, etc.), hemos vuelto a hablar de aquella oleada internacional de revueltas, acciones y movilizaciones que surcaron brillante y efímeramente el occidente desarrollado durante los míticos años sesenta.

La década prodigiosa o, si se quiere de otra manera, la era de la protesta, ha vuelto a suscitar entre nosotros imágenes olvidadas y sensaciones inolvidables, pero ahora, al recordarla, parece que todo está invadido por un omnipresente y pegajoso sabor agri-dulce, entre nostálgico —¿qué tiempos aquéllos!— y distanciador —¿qué ingenuos éramos!—, que poco ayuda a entender el presente y facilita bastante la mistificación del pasado.

Las valoraciones ahora de aquellos sucesos son para todos los gustos, desde los que hablan de fracaso, puro y duro, de un simple «malentendido» que a fuerza de ser deformado y mistificado ha alcanzado una relevancia que jamás tuvo como hecho real, hasta los que —como el sociólogo español Jesús Ibáñez— ven en estos fenómenos un potencial transformador inmenso, dado, precisamente, por su carácter de proyecto inacabado, incumplido y, por lo tanto, en una palabra, abierto: mayo del 68 —nos viene a decir Ibáñez— fue la primera revolu-

ción triunfante, pues una revolución sólo triunfa cuando fracasa; al fracasar deja abierto el proyecto revolucionario —la pregunta—; al triunfar, por el contrario, ese proyecto rebota como modelo, la respuesta se pone en lugar de la pregunta y estamos otra vez en la dictadura ideológica de cualquier tipo; estaríamos así, como ha dicho Agnes Heller, en la revolución que no ocurrió, pero que ha venido ocurriendo y que continúa en nuestros días.

Desde el, así llamado, Tercer Mundo, Mario Benedetti se ha quejado de la atención desmesurada hacia unos sucesos que acabaron en derrota política hace ya demasiados años, así como del olvido y voluntario alejamiento que tanto los horrores soportados por los habitantes más pobres del planeta como las revoluciones más o menos triunfantes en los países de la periferia de la economía mundial —que, según él, tratan de superarlos— provocan en unos intelectuales cómodamente instalados en una especie de «hotel del abismo», donde disfrutan de su situación privilegiada hablando del final de la historia, o de la razón o del progreso (o del fin de todo para acabar pronto); fascinados por el «discreto encanto de la derrota» de las revueltas fracasadas, pero ciegos y sordos ante los más tangibles, evidentes, crueles y escandalosos problemas por los que están pasando la gran mayoría de los habitantes de la tierra.

Sin embargo, los que hoy por hoy han salido más claramente beneficiados de todo este pequeño gran montaje son los pertenecientes a un relativamente amplio grupo de *free-riders* —o más llanamente de «aprovecha-

dos»— que entre gran cantidad de lágrimas (de cocodrilo) por los buenos viejos tiempos y exaltaciones egocéntricas a sus propias habilidades para cambiar la historia y conocer las fuerzas del cambio social, rentabilizan hasta el último gramo su participación (por lo menos supuesta) en aquellas revueltas, para construirse una atractiva imagen de intrépidos actores sociales que han sabido cambiar a tiempo la acción colectiva siempre ingrata, a la vez que ineficiente y paralizante, por los frutos más dulces y rápidos de disfrutar del individualismo político y económico que les ha reportado fácilmente aquella libertad que tanto habían buscado en sus años mozos por caminos interesantes pero equivocados. Han realizado, en suma, su sueño personal, narcisista, en un permanente ajuste de cuentas, lleno de remordimientos, con los principios de actuación que le sirvieron de base para su propio aprendizaje político, instalándose de pleno en lo que Lipovetsky ha llamado la estrategia del vacío y que no es otra cosa que un intento de desustancialización de lo real, a base de descompromiso, indiferencia, individualismo feroz, hedonismo, vida *light* y línea *soft*. La solidaridad social es ya casi un chiste y el sálvese quien pueda ya puede defenderse de forma elegante.

* * *

En este ambiente un tanto enrarecido aparece entre nosotros este libro interesante, en buena medida continuación de otro cuyo origen fue una tesis doctoral y que llegó a las librerías españolas hace aproximadamente una docena de años. De alguna manera

este texto sirve para introducir un poco de orden y coherencia entre tanta literatura (literatura buena y mala, que va, dicho sea de paso, desde la gacetilla hasta la narrativa fantástica pasando por el sesudo tratado científico) dedicada a este tema y para cortar de raíz bastantes equívocos que luego se han generado, creciendo como una enorme bola de nieve y culminando en una auténtica mitología de mayo del 68. Porque si por algo resalta la obra de Antonio Sáenz de Miera es porque desde el primer momento abandona un acercamiento al movimiento de mayo como *mitología*, en el sentido más clásico del término, o sea, relatos en torno a dioses, seres divinos, héroes y difuntos habitantes del más allá; para intentar de una manera frontal y decidida una lectura *sociológica* —en el sentido coincidente que le dan al término dos autores tan diferentes como Theodor Adorno y Roland Barthes, es decir, un proyecto de alcanzar la lógica que subyace a un determinado orden (o desorden) social— de los acontecimientos que presidieron la vida social francesa en aquel mes y que marcaron la evolución de la sociedad occidental en los siguientes veinte años.

La obra de Sáenz de Miera da comienzo con una fenomenología más o menos completa de los primeros sucesos de mayo —los protagonizados por el movimiento estudiantil— para pasar rápidamente a dar argumentos de peso sobre los orígenes y causas de dicha explosión: «La sociedad del Estado de Bienestar le pedía a la universidad que se encuadrara en sus exigencias y que acompasara su paso a

las necesidades sociales; pero la universidad, inmovilizada en sus tradiciones y en sus carencias, respondía con dificultad a estos requerimientos» (S. M., p. 40).

El primer mayo o, si se quiere, aquella primera etapa de los acontecimientos que comprendería temporalmente, de una forma aproximada, las dos primeras semanas de mayo, dejaba estupefactos y sin respuestas inmediatas a la mayoría de los actores políticos, intelectuales, institucionales y oficiales de aquel país. Más tarde se sabría y se hablaría hasta la saciedad del enorme peligro potencial que suponía una universidad como la francesa de aquella época, diseñada como elemento de *distinción* elitista y diferenciación social de la alta burguesía patrimonial y burocrática, y, sin embargo, ocupada masivamente por las más jóvenes generaciones de una nueva clase media funcional, producto del magnífico desarrollo del último capitalismo industrial francés. De este retardo social y cultural que inutilizaba a la universidad francesa no sólo como aparato de reproducción y socialización de clases, sino también como elemento funcional para las demandas de cualificación de la industria, surgía sin duda la quiebra estructural que originaría tantas contradicciones, tensiones y, más tarde, masivas movilizaciones.

Este tema fue rápidamente puesto de relieve por los primeros intentos de explicar los acontecimientos estudiantiles, pero antes de ello ya era algo que estaba en el ambiente de los grupos más despiertos de la vanguardia cultural y política francesa —véanse, por ejemplo, los escritos situacio-

nistas previos al 68—; era como la inocultable sensación para todo el mundo, mínimamente sensible e informado, de que el ritmo de vida de la universidad francesa se había quedado muy por detrás de las expectativas culturales, económicas o sociales del resto del país y de que algo iba a suceder en aquel ambiente tormentoso.

Los primeros en salir a la palestra del análisis de los acontecimientos fueron dos de los mayores intelectuales contemporáneos: Raymon Aron y Jean-Paul Sartre. Sáenz de Miera asocia a cada uno de estos autores con una interpretación enfrentada de las primeras movilizaciones de aquel mes: el primero estaría en una posición discretamente reformista; el segundo, en una interpretación abiertamente radical y revolucionaria. Aron se situó, como era de esperar, en una línea liberal, tratando de darle a la universidad un nuevo sentido de acuerdo con el momento de desarrollo y modernización de la estructura social y económica francesa, pero defendiendo una universidad elitizada, estamental, cerrada, corporativa y eficaz. Lanzó sus mejores ironías —de hecho su libro sobre el tema, *La révolution introuvable*, daba comienzo con dos maldades sacadas del Proudhon de 1848: «Se ha hecho una revolución sin idea» y «La nación francesa es una nación de comediantes»—; demostró su menosprecio por los «seudoestudiantes» y «agitadores», se sorprendió de que pensadores serios se fascinasen ante el desorden y la fragilidad del sistema sociopolítico francés, recordó a los intelectuales que el sistema que ellos

denunciaban era el que les permitía vivir y realizar su tarea libremente, acabó hablando de «psicodrama», de «los hechos recurrentes franceses», de «maratones de palabras», y, por fin, cerró todo con una «explicación sumaria de lo absurdo». Libro menor, muy menor, de un autor indiscutiblemente muy mayor, en todos los sentidos, y que según alguien como Ralf Dahrendorf no estuvo ni a la altura de las circunstancias, ni a la de su categoría (véase S. M., p. 47).

Jean-Paul Sartre adoptó, también de una manera previsible, la postura contraria, polemizó con Aron, se entrevistó con Daniel Cohn-Bendit, vendió por las calles panfletos y prensa alternativa, relacionó la revuelta estudiantil con la lucha contra el despotismo tecnocrático de la civilización industrial, con la crisis de valores de la sociedad burguesa, con la negación de la burocracia y la falta de alternativas reales y de fondo en la política oficial instituida. Finalmente acabó llamando a la alianza entre obreros y estudiantes.

Quizá lo que ninguno de los dos autores en su indudable grandeza supo ver fue la evidente conexión entre los dos niveles de análisis en los que se estaban moviendo. El conservador Aron no fue capaz de ver el enorme potencial de cambio, modernización y enriquecimiento cultural que suponía el movimiento de mayo. El revolucionario Sartre idealizó y sobrepolitizó a un movimiento que hundía sus raíces en unas condiciones materiales bien delimitadas. En este sentido se puede hablar de la insurrección de mayo como la dimensión *imaginaria* (revolu-

te entre producción y reproducción social. Quizá nadie como Georges Balandier ha sabido ver este fenómeno de juegos y engranajes entre lo imaginario y lo material, entre la revolución y la modernización, entre el deseo y la realidad, entre lo instituyente y lo instituido: los acontecimientos de 1968 —ha venido insistiendo Balandier— trastornaron el panorama político, social y sobre todo el cultural. La imaginación, el deseo, la liberación completa del individuo debían rendir todo lo posible y de inmediato. Aquel impulso, venido de las profundidades de lo social, aquel cuestionamiento global, dramatizado y festivo, aquella reivindicación infinita traída por la imaginación y la utopía, aquella creatividad cultural continua que daba la ilusión de conquistarlo todo de inmediato, recuperaron la tradición de las insurrecciones súbitas, reveladoras de turbulencias subterráneas contenidas durante mucho tiempo, pero sin un porvenir político próximo. El acontecimiento sirvió para desempolvar la economía y la sociedad francesas y provocó una ruptura a partir de la cual la modernidad encontró un terreno más libre, y las costumbres la ocasión de su revolución.

Pero si por algo se caracteriza el mayo francés y se diferencia de otras revueltas de los sesenta, es porque su contenido fue mucho más hondo y general que las demás movilizaciones contemporáneas en Berkeley, en la London School of Economics, en Columbia o en Berlín occidental, caracterizadas todas como simplemente «acciones contraculturales», movimientos estudiantiles o, si se quiere, más am-

pliamente, movimientos de jóvenes o «luchas *underground*». Así, actores tradicionales y no sólo nuevos movimientos sociales entraron en liza, y muy contundentemente en el mayo francés; la clase obrera, los cuadros intermedios, la patronal y los sindicatos tradicionales tuvieron mucho que decir y decidir en aquellas fechas y, de hecho, dijeron y decidieron. Como dice, sobrado de razón, Antonio Sáenz de Miera: «si bien es evidente que los sucesos del 68 empezaron en el Barrio Latino, hemos de tener en cuenta que no adquirieron su dimensión más profunda hasta que la crisis social se unió al movimiento estudiantil. Una crisis social que alcanzó dimensiones desconocidas hasta entonces, tanto por la duración del movimiento huelguístico como por el número de personas que, de una forma u otra, participaron en los conflictos (...). Lo que ha quedado en la memoria colectiva, ya lo dijimos, ha sido el movimiento estudiantil, las pintadas, los debates filosóficos, los aspectos libertarios de las asambleas universitarias... Pero lo que llegó a poner en peligro la estabilidad y el funcionamiento del país, su sistema productivo y, en última instancia, el sistema político fue la paralización de las empresas y la subversión total del orden laboral» (S. M., pp. 52-53).

Nos encontramos, por lo tanto, ante la segunda gran etapa de las movilizaciones de mayo, aproximadamente del 14 al 27 de ese mes, protagonizada por una huelga general prácticamente espontánea, quizá la huelga general mayor y con más repercusión de la historia laboral de la humanidad,

cionaria) que tomó en Francia el ajuste culminó con el rechazo por parte de los huelguistas del acuerdo negociado en su nombre por los dirigentes sindicales y el gobierno. Es en el análisis de estos acontecimientos particulares donde el libro de Sáenz de Miera gana una solidez y una exhaustividad más que notables; tanto sus trabajos anteriores sobre el tema como sus propias actividades profesionales e inquietudes intelectuales hacían ya prever que en esta parte el libro iba a ser arrollador en cuanto a las fuentes consultadas y materiales de primera mano recogidos, siendo el resultado final una magnífica guía para estudiar e interpretar unos hechos que —a pesar de ser los que menos han calado en esta permanente sociedad del espectáculo en que nos desenvolvemos— se puede decir que son el eje que fundamenta y que estructura la repercusión política y social del mayo del 68 francés.

De esta manera iremos contemplando un incisivo despiece de las reivindicaciones, formas de acción, aspiraciones, actores (nuevos y viejos), fuerzas en conflicto y tipos de negociación que estuvieron presentes en la larga crisis social que continuó al primer mayo estudiantil. Un interesante panorama en el que se nos muestran las actitudes que tomaron ante los acontecimientos tanto las centrales sindicales francesas —la ortodoxa y pragmática CGT, la más aperturista, flexible y autogestionaria CFDT, la invisible FO— como las patronales, sobre todo la CNPF, a la que Henri Weber ha bautizado recientemente como el «partido de los patronos».

Muchas cosas quedarán claras aquí: el carácter espontáneo e imprevisible del primer levantamiento laboral, al que los sindicatos oficiales se suman en marcha y como buenamente pueden, tratando de controlar algo que peligraba con quebrar su poder institucional en el marco de las relaciones laborales francesas, y la inamistosa actitud hacia los movimientos estudiantiles por parte de la CGT y del PCF, que trataron inmediatamente de reconducir las reivindicaciones por los cauces políticos establecidos vaciando de carácter revolucionario y rupturista a los acontecimientos e insistiendo en que las movilizaciones obreras no trataban más que de ganar posiciones de cara a conseguir mejoras económicas, políticas y jurídicas concretas sin modificar radicalmente por ello (nada más que reformándolo) el duro entramado de la legislación laboral francesa de la época.

En suma, como asegura nuestro autor, el inmovilismo social y patronal que reinaba en Francia produjo una acumulación de problemas y tensiones que explotaron creando novísimas formas de lucha: ocupaciones de empresas, comités de huelga, comisiones de cuadros, «cuadernos de reivindicaciones», intentos de «tomar la palabra» en la empresa por parte de los técnicos y los obreros, diseños de formas factibles de cogestión y autogestión, huelgas racionalizadoras y huelgas para la democratización, etc. La respuesta del sindicalismo oficial fue, como bien se sabe, tardía, confusa y desigual; la CFDT trató de adaptarse a los tiempos que corrían y, en buena medida, puede decirse que gran parte

de su línea de actuación sindical, así como sus propios desarrollos intelectuales —por ejemplo, los trabajos de Maire, Rosanvallon, Granou, Julliard, etcétera—, han sido una reelaboración de los temas e inquietudes de la crisis social del 68; la CGT, simplemente, trató de dejar clara su fuerza, sus efectivos y sus deseos de que no deseaba embarcarse en «aventuras espontaneístas» o «izquierdistas», a la vez que permanentemente refrendaba la verdad incuestionable del comunismo dogmático; esto es, que los nuevos movimientos sociales no deben ser tenidos en cuenta en los proyectos serios de cambio social y que las «condiciones objetivas» no las dicta la historia, sino, en este caso, la cúpula del PCF, quien acabará dictaminando, como siempre, que no existe fuerza de cambio revolucionario real que no traiga el carné de dicho partido en el bolsillo.

El último acto fue de signo eminentemente político; rápido, corto, apasionante, contundente y definitivo. Sólo duró cuatro días; dio comienzo con la ruptura definitiva de las negociaciones de Grenelle, en las que Georges Pompidou reunió a las organizaciones patronales y a las centrales sindicales tratando de flexibilizar con urgencia desesperada y habilidad lo que años de férreo *bloqueo social* (Crozier) se habían encargado de hacer inviable, pasó por su momento más inquietante y misterioso con la desaparición del general De Gaulle el día 29 y culminó el día 30, con un auténtico «golpe de Estado legal» pulcro y respetable, llevado a cabo en forma de «segundo discurs-

so» por el mismo De Gaulle, secundado poco más tarde por una gran manifestación oficialista en los Campos Elíseos y en multitud de importantes ciudades francesas. Mayo del 68 había terminado, pero sus efectos no habían hecho más que empezar.

Fueron estos días pocos, pero intensos, plenos de idas y venidas, de golpes de efecto y representaciones. En el fondo no eran otra cosa que el período de institucionalización política de la crisis y el despliegue de las estrategias —o, si se quiere, en la atractiva caracterización del sociólogo francés Michel Dobry, *de jugadas*— por parte de las fuerzas electorales desde el gobierno a la oposición respetable del PCF, el PSU o el mismísimo PS. Políticos de fuste maniobraron lo maniobrable —con tácticas que iban desde el gobierno de salvación hasta el más previsible frente popular— en muy diversos foros políticos y sociales; pero finalmente fue la actuación irreversible del propio De Gaulle —especialista en jugadas irreversibles (Dobry)— la que desde un conservadurismo seguro, sólido y eficaz demostró que en los movimientos de mayo había de todo: imaginación, teorías, innovaciones sociales, deseo de cambio, en una palabra, vida; pero lo que no existía era un proyecto político coherente capaz de enfrentarse al firme aparato de Estado francés y a sus inercias sociales.

Se dijo en un tiempo que los sucesos de mayo fueron más allá y tuvieron más repercusión de lo que sus propios actores habían previsto en

sus inicios, y que eso fue el principio de su final. Todo resultó como una bola de nieve que casi unos niños, jugando, se encargaron de poner en movimiento, que creció llevándose por delante muchos restos del pasado y muchos mitos consagrados de la sociedad francesa, que realmente nadie pudo encauzar en ningún momento y que, finalmente, acabó por estrellarse contra la dura realidad de la política, la economía y la sociedad francesa (y occidental en general), no sin antes modificarla de forma bastante sensible y dejándole tema de reflexión para muchos años.

Reflexión que en buena medida recoge Sáenz de Miera a lo largo de los últimos capítulos de su libro, un pormenorizado recorrido por la política y la sociedad francesa a través de sus diferentes legislaturas, con una especial dedicación, además —como era de esperar—, a los acontecimientos significativos y los cambios fundamentales en el terreno de las relaciones laborales francesas. Desfilarán por esas páginas análisis rigurosos del ajuste gaullista de Pompidou, de la gestión social cercana al reformismo liberal de Giscard d'Estaing, del socialismo no menos reformista de Mitterrand, tanto en su etapa expansiva como en su momento contractivo, de la cohabitación, etc.

Los nombres y las actuaciones en los campos de las políticas económicas sociales y educativas de personajes como Delors, Chaban-Delmas, Barre, Chirac, Mauroy, Fabius, Savary, Rocard, etc., son reseñados y analizados en función del peso social de las «ideas del 68» y su materializa-

ción en realizaciones cotidianas a todos los niveles —legales, sociales, políticos, institucionales— concretos. Se pone especial énfasis en la empresa desde la perspectiva y defensa, ponderada pero firme, de su centralidad y necesidad en la sociedad industrial:

«Uno de los mitos más esterilizados de la acción política y económica de la izquierda se basaba en el principio de que el Estado podía hacerlo todo, reglamentarlo todo y solucionarlo todo; con el Presupuesto de los gastos generales del Estado en la mano, se pretendía garantizar el desarrollo industrial y la creación de empleos, y, a través de la legislación laboral, regular y controlar las relaciones sociales, desde la política salarial hasta la duración de la jornada de trabajo. No era difícil percibir en los viejos esquemas del pensamiento político estatista un fondo de desconfianza hacia las iniciativas sociales que pudieran surgir fuera del control del Estado, sospechosas siempre de actuar por intereses particulares, enfrentados por principio a los intereses públicos o generales (...). Esto se vio claro en la doctrina del socialismo francés con los temas relacionados con la empresa y todo ello se dejó traslucir en los primeros meses del gobierno Mauroy. Una vez más había sido inútil para la izquierda la lección del 68. Porque, como hemos repetido varias veces y volveremos a repetirlo ahora, la empresa estuvo en el ojo del huracán del movimiento social

de los Sucesos, y no la empresa pública o privada, grande o pequeña, bien o mal administrada, sino la empresa, como institución social, eje nuclear de la sociedad industrial» (S. M., pp. 183-184).

Y en este sentido hay que apuntar que la cantidad de información que Sáenz de Miera aporta sobre las relaciones entre política institucional y mundo de la empresa es casi desbordante. Iremos así recibiendo estudios pormenorizados del Informe Sudreau —enterrado en vida junto con un buen número de interesantes proyectos de investigación sobre condiciones salariales y de trabajo y sólo desarrollado en el tema del Balance Social (un intento, al fin y al cabo, de evaluar los efectos sociales externos e internos de la empresa)—, del impacto de la crisis económica sobre una estructura empresarial que tardó en reaccionar, de la política económica ejecutada en los diversos períodos socialistas (especialmente las nacionalizaciones) y, por fin, de la reforma laboral preconizada por el Informe Auroux, presentado a finales de 1981 con un planteamiento básico que puede ser resumido con la frase «Ciudadanos en la ciudad, los trabajadores deben de serlo además en su empresa» (S. M., p. 193), y cuyos desarrollos legales han pasado a considerarse modelos para el futuro de las relaciones laborales en Europa.

Parece que en su recorrido Sáenz de Miera acaba coincidiendo con la visión entre provocadora y paradójica que mantiene últimamente ese prolífico autor francés que es Alain Minc,

mezcla de intelectual de categoría, empresario postschumpeteriano y fabricante de *best-sellers*. En sus últimos libros —el aquí traducido como *El desafío del futuro*, o los más recientes *El síndrome finlandés*, *La máquina igualitaria...*—, este autor defiende la idea de que el capitalismo atraviesa una etapa «sesentayochesca» en la que la eclosión de iniciativas, las conductas peculiares, las aspiraciones creativas y las movilizaciones intelectuales más originales encuentran su lugar de expresión más característico en el universo mercantil, mientras la empresa se transforma en el principal mito salvador de la prosperidad perdida. Sin embargo, mucho más realista que Minc, Sáenz de Miera reconoce las situaciones sociales como producto de las fuerzas de los diferentes actores en juego —el capítulo dedicado a la evolución, crisis y restablecimiento de las políticas sindicales, así como a la historia última de las patronales francesas (muy de actualidad, además, por la recién traducida obra de Henry Weber) y sus relaciones políticas, es buena prueba de ello—, todo lo cual se podría resumir como sigue:

«Los comportamientos y las actitudes hacia la empresa de la *nueva clase obrera* que se revelaron en el 68, estaban reclamando la aparición de una nueva clase empresarial, que respondiera, desde la Dirección de la empresa, a las exigencias de racionalidad y eficacia que se expresaron en los Sucesos. Y eso es lo que ha empezado a ocurrir en el panorama empresarial francés a partir del 68» (S. M., p. 226).

* * *

Decía Agnes Heller que la vida cotidiana no está fuera de la historia, sino, por el contrario, en el centro mismo del acontecer histórico: que es la verdadera «esencia» de la sustancia social. De este modo las grandes hazañas no cotidianas que se reseñan en los libros de historia arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella. Toda gran hazaña histórica concreta, por lo tanto, se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad.

Pocos hechos históricos se adaptan tan fielmente a esta aguda visión de Heller como los acontecimientos de mayo del 68, que si bien tuvieron resultados más bien discretos y a muy largo plazo en la política institucional francesa, han impactado hasta el fondo en muchas esferas de la cotidianidad occidental. Hoy aquella *Génération* (que tan bien han estudiado Hervé Hamon y Patrick Rotman) se ha disuelto perdiéndose por caminos laberínticos que han ido desde los huecos montajesseudoculturales de la autodenominada, con descaro, «nueva filosofía», hasta la política oficial fran-

cesa, pasando por dignas e indignas salidas personales, intelectuales y profesionales; pero los cambios sociales han quedado ahí.

Quizá sea el momento adecuado para acabar con mayo del 68 como algo «excluido de la historia» —propiedad que, según Roland Barthes, adorna a todo mito—, para reintegrarlo con todas sus grandezas y todas sus miserias en el espacio contradictorio, dinámico y multidimensional de los hechos sociales; en esta tarea el libro de Sáenz de Miera es un claro y sólido instrumento (no demasiado común entre la abundantísima bibliografía disponible) de análisis de la realidad social. De lo contrario, si nos empeñamos en sacralizar y mitificar, en construir inútiles, aunque muchas veces interesados, monumentos a un pasado ya inalcanzable, corremos el riesgo de caer de lleno en aquella trampa de la que nos avisaba el antropólogo Robert Ardrey: «mientras perseguimos lo inalcanzable hacemos imposible lo realizable».

Luis Enrique ALONSO

E. PINILLA DE LAS HERAS
Crisis y anticrisis de la sociología
(Una introducción a la problemática sociológica)
 (Barcelona, Editorial Barcanova, 1988)

No son habituales las reflexiones teóricas de autores españoles sobre la problemática de la sociología como disciplina científica, si exceptuamos las obligadas memorias de las oposiciones a Cátedra sobre concepto, ob-

jeto y método de la sociología¹. Asimismo, tampoco es frecuente que ins-

¹ Algunas de ellas excelentes y muy por encima de similares reflexiones de autores extranjeros. Véanse, por ejemplo, Miguel BELTRÁN, *Ciencia y Sociología*, CIS, Ma-

tuciones no universitarias fomenten la reflexión sobre las bases del quehacer profesional y el momento actual del desarrollo teórico de nuestra disciplina. Es por ello por lo que la aparición del libro de Pinilla de las Heras, así como la iniciativa tomada por la Fundación Jaume Bofill de encargar a destacados sociólogos del ámbito barcelonés que reflexionen² sobre la situación científica actual de la sociología, merezcan, de entrada, una muy positiva aprobación. Máxime cuando ocurre en un área en la que lo frecuente es dedicar las mayores energías y recursos a estudios aplicados sin mayores pretensiones intelectuales o analíticas.

Pero la estimación positiva no se limita a la iniciativa emprendida, sino que alcanza a los niveles más sustantivos del libro que comentamos. Así, el tópico sobre el que se ha centrado el trabajo, la crisis de la sociología, a pesar de ser un tema recurrente en otras comunidades científicas³, ha sido un campo cuasi abandonado en nuestro quehacer, si exceptuamos al-

drid, 1979; Víctor Miguel PÉREZ DÍAZ, *Introducción a la Sociología*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, o Manuel GARCÍA FERRANDO, *Sobre el Método*, CIS, Madrid, 1979. Más recientemente, también puede verse una nueva edición de la memoria de Carlos MOYA, *Teoría Sociológica*, Taurus, Madrid, 1982.

² Véase el trabajo previo de CARDÚS y ESTRUCH que sirve de punto de partida a la reflexión de PINILLA DE LAS HERAS, «Consideracions sobre la crisi actual de la sociologia», en *Butlletí de la Fundació Jaume Bofill*, Barcelona, 1984.

³ Los ejemplos clásicos los constituyen el libro de Alvin W. GOULDNER, *La Crisis de la Sociología Occidental*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973, y el de Raymond BOUNDON, *La Crisis de la Sociología*, Laia, Barcelona, 1974.

gún trabajo como el del malogrado Pancho Marsal⁴. Pero junto al motivo elegido para la discusión y la profundidad del diagnóstico destaca el tono mantenido a lo largo del ensayo, en el que subyace una actitud positiva mostrada no sólo en los dos últimos capítulos, en los que el autor trata de limpiar los caminos de salida de la crisis, sino en la filosofía de fondo que guía todo el libro: la reivindicación del carácter científico de la práctica sociológica, cuestión que implícita o explícitamente se cuestiona la mayor parte de las veces que se discute sobre el estado de la teoría sociológica. De esta forma el libro de Pinilla de las Heras no sólo ofrece un buen diagnóstico de los principales nudos que colapsan el desarrollo de la teoría sociológica, sino que ofrece, a distintos niveles, una fórmula de desenrañar la cuerda que aún nos retiene.

En la primera parte del libro, aquella que trata del diagnóstico de la crisis en que vivimos sumergidos desde la quiebra del edificio parsoniano y la aparición de un sinfín de nuevas perspectivas y autores con pretensiones de altos vuelos teóricos sobre las que no ha trascendido en la comunidad de sociólogos un debate serio acerca de su valor en el acercamiento a la verdad científica, el autor señala el fondo conatural de esta situación por cuanto que el propio nacimiento de la disciplina no fue sino fruto de una crisis social (la del Antiguo Régimen) que conllevó la pérdida de la legitimidad que para explicar el orden y el cambio social tenían hasta ese momento

⁴ *La Crisis de la Sociología Norteamericana*, Península, Barcelona, 1977.

las prácticas intelectuales religiosa y jurídica. Por tanto, la sociología no nace como un puro proyecto cognitivo, sino como un híbrido de empresa científica y política (a veces con el adjetivo político por delante del término científico).

Avanza el libro distinguiendo la crisis de la sociología en tres ámbitos: el estrictamente científico, que también podríamos denominar teórico; el del espacio social donde el núcleo central de la producción sustantiva se produce, esto es, el terreno académico, y, por último, unido a esa condición mixta de reflexión científica y necesidad política, el de la crisis política.

Sin embargo, donde la reflexión del autor se hace de más altura es en el análisis de la crisis teórica, a la que también dedica el mayor número de páginas. En este apartado, Pinilla de las Heras formula una doble estrategia; por una parte, somete a análisis dos de las formulaciones teóricas cruciales de la sociología de las últimas décadas: el cuerpo hegemónico que Talcott Parsons trazó en sus diversos escritos y cuyo rápido derrumbe fue a la vez un anticipo y una de las causas de la crisis actual de la disciplina, y algunas de las formas de entender los principios del individualismo metodológico (por ejemplo, el principio de que las unidades analíticas elementales de las relaciones sociales son los individuos y el hecho de que con ello las explicaciones de los problemas sociológicos planteados quedan limitadas a las opiniones que éstos suministran acerca de sus situaciones y/o acciones). Con ambas críticas el autor

no hace sino poner su énfasis en los dos polos sobre los que tradicionalmente se ha basado la mayor parte de la producción de la sociología: la Gran Teoría omnicomprendiva y excluyente con el resto de formulaciones, y el empirismo abstracto que se ha visto transformado en los últimos tiempos, vía técnicas cualitativas, en el bla, bla, bla sin más (en el mejor de los casos con una elaboración sumaria y en el peor con una especulación metafísica propia de las mejores interpretaciones teológicas).

Por otra parte, el autor muestra su esperanza en las técnicas matemáticas, especialmente en las multivariadas, de cara a conseguir una homologación de nuestra disciplina con las ciencias duras de carácter experimental (así, por ejemplo, señala que el análisis multivariable implica en las ciencias sociales un sustitutivo satisfactorio de lo que es el experimento de laboratorio en las ciencias duras). Estima Pinilla de las Heras que todos los grandes temas de la sociología admiten el tratamiento matemático en niveles diferentes de aplicabilidad y significación, y que gracias a que otras disciplinas introdujeron en su quehacer estos o similares procedimientos se consiguieron notables avances en la comprensión del mundo (por ejemplo, sin el microscopio todavía se seguiría haciendo biología especulativa).

Esta solución técnica que propone el autor del libro correría el peligro de ser malinterpretada (se podría pensar que se propone la salida a la crisis por el lado del empirismo abstracto, que ha sido el resultado objetivo de aplicar las técnicas multivariadas sin

ninguna consideración al trabajo teórico y a la correcta operacionalización de las investigaciones) si no fuera porque en la lectura del libro se observan las continuas llamadas a la necesidad de la teorización y la reflexión (aunque, eso sí, alejadas de las formulaciones fáciles y gratuitas de tipo abstracto y centradas en aquellas que puedan someterse al test empírico gracias a la posibilidad de su matematización) y porque expresamente el autor señala la importancia de diferenciar cualitativamente (pero sobre todo de no confundir) los estudios de demoscopia o sociografía de los análisis propiamente sociológicos. Y es que los estudios de sociología aplicada, sin mayores pretensiones intelectuales distintas de conocer los porcentajes de votos, opiniones o clientes, con un escaso o nulo nivel de teorización (sólo les interesa conocer la cantidad y luego como barniz científico algunas diferencias por variables estandarizadas) y, lo que es peor (aunque no por ellos mismos), que conforman el núcleo principal de investigaciones empíricas que se realizan por sociólogos, son los que por definición más recurren a las técnicas matemáticas. El resultado no es otro que el empirismo abstracto sin más.

Pero conviene retener la solución del autor por cuanto que estos estudios aplicados, junto a sus aspectos negativos, destacan por la fiabilidad de sus resultados. Unir esa exactitud y esa capacidad de prueba a cuestiones más complejas y/o centrales en la teoría sociológica es el mensaje que el autor propone a través de esta primera parte.

Pero no acaban ahí las reflexiones

de esta parte, sino que el autor extiende el análisis de la crisis a los aspectos académicos y políticos. Este último, y como ya veíamos, va unido a ese mixto de proyecto político y científico que representó en su día la aparición de la sociología (y que al parecer sigue vigente) y que implicaba el análisis de un camino de dos direcciones: el orden y el cambio social. Pero en vez de circular a velocidad moderada en ambos sentidos, los sociólogos se han dedicado normalmente a transitarlo (que no recorrerlo) en una sola dirección y a un ritmo no precisamente sensato. Todo ello debido a que dentro de ese híbrido que representaba la reflexión sociológica ha predominado el componente político frente al científico. De esta forma los valores estrictamente científicos han sido sustituidos por otros ajenos a este mundo que buscan solamente imponer una imagen de acuerdo a las voluntades o reivindicaciones de cada grupo social.

Fruto de los rasgos anteriores y de las propias condiciones del medio, la crisis alcanza al ámbito académico. En efecto, Pinilla de las Heras señala que el mundo universitario que conforma el nicho donde los valores científicos podrían haber permanecido o la discusión teórica y las propuestas de alcance pudieran haber sido formuladas, no sólo no llevó a cabo esto, sino que ni siquiera ha ordenado teóricamente las parcelas de conocimiento que pudieran estimarse válidas, entre otras cosas porque lo que ha primado ha sido el ensayismo comercial o literario. A las deficiencias teóricas y los intereses ajenos a la reflexión

científica hay que sumar la superpoblación y la competencia dentro del ámbito universitario, todo lo cual se traduce en nuevas situaciones que dificultan, si cabe más, el tramo de salida de la crisis: el esnobismo particular para cultivar o impactar una parte creciente del mercado y los debates inconclusos debido a la falta de pruebas definitivas y a que cualquiera pueda escribir cualquier cosa (como en el caso del esnobismo o la teoría sociológica meramente especulativa) sin ser sancionado debido a la inexistencia de una auténtica comunidad científica. Al no existir una comunidad científica, las relaciones sociales dentro de este ámbito son las típicas del mandarín y sus discípulos, en las que ante la falta de ortodoxia alguna de carácter general y la ausencia de pruebas definitivas (también debido a la inexistencia de equipos de investigación) los segundos se limitan a reproducir lo ya dicho por sus jefes y se olvidan de innovar.

Pero el libro de Pinilla de las Heras no es sólo apreciable por el tino de sus observaciones sobre la crisis, sino porque también existe en él una actitud positiva de fondo para encarar y superar esta situación⁵. No es, por tanto, un libro de lamentaciones que se acerca al lecho del difunto para entonar la oración de despedida (y con ello acabar de enterrarle cuanto antes

⁵ No me resisto a transcribir una frase que refleja esa actitud positiva del autor, así como la buena prosa en que está escrito el libro: «Nos queda la esperanza (históricamente fundada, espero) de que después de los sofistas-estrategas hayan de venir otra vez geodestas y topógrafos: A ver, a ver, ¿en qué estado dejó esa gente el terreno?» (p. 176).

mejor), sino que se asemeja más bien al diagnóstico del especialista que precede a la receta esperanzadora para la cura. Y aunque el autor se centra en este último objetivo en los dos últimos capítulos del libro, algunas de sus propuestas, como ya veíamos, se encuentran a lo largo de todo el ensayo.

En resumidas cuentas, el autor propone, en la mejor tradición de la filosofía de la ciencia, una heurística negativa y una heurística positiva. En la primera, en el señalamiento de los caminos que deben permanecer cerrados, el autor recomienda dos operaciones: una cura de silencio para quienes practican la elocuencia fácil y para aquellos que suscriben sin más las modas teóricas, y la renuncia, por una parte, a los temas puramente especulativos y, por otra, a las temáticas ingenuas, emocionales y acriticas procedentes en su mayoría de la vida cotidiana.

En la segunda, es decir, en el establecimiento de las líneas por las que debemos circular, Pinilla de las Heras dibuja una de doble sentido: a un lado el aspecto técnico y metodológico con el reconocimiento de la importancia de las matemáticas y de los análisis multivariantes que funcionarían a modo de sustitutos lógicos del control experimental en los estudios de laboratorio, y con la recomendación de ceñir las investigaciones sociológicas a un diseño y una operacionalización que permitan obtener unos resultados discutibles con objetividad por parte de la comunidad científica. Al otro lado, el carril central de la calzada teórica en el que establece un conjun-

to de proposiciones de distinto alcance: desde una general que hace referencia a la necesidad de fijar el objeto de la sociología en las relaciones sociales, permitiendo con ello los análisis micro y macro e integrando ambas perspectivas, a la vez que se facilita la huida de las especulaciones abstractas de quienes prefieren como objeto el término sociedad o de las obviedades de aquellos que todo lo basan en el individuo y en su vida cotidiana, hasta las recomendaciones eclécticas de aplicar cada perspectiva teórica concreta al problema que sea más pertinente para cada formulación, terminando en este mismo sentido con el llamamiento a acabar con las discusiones estériles sobre lo cuantitativo y lo cualitativo.

En efecto, el autor, como buen investigador empírico que es, conoce, al igual que muchos de sus colegas que huyen del debate infructuoso y prefieren dedicar sus energías a investigar seriamente, que estas orientaciones históricamente enfrentadas han de ser utilizadas como prismas intercambiables que han de privilegiarse simultánea o alternativamente en función del objeto y del alcance de la investigación. No hay ninguna duda que la conceptualización (que necesita la estrategia de ver cómo los agentes sociales entienden y conciben sus situaciones y acciones) y la matematización se necesitan recíprocamente, por lo menos en la actividad sociológica.

Un libro como el presente, aun siendo meritorio (tanto por sus análisis como por lo escaso de tales procedimientos en nuestro ámbito), corre el peligro de convertirse en una declara-

ción, más o menos conocida, de buenas intenciones que apenas si tiene alguna repercusión práctica sobre el quehacer de la profesión. De hecho, eso es lo que ha ocurrido hasta el momento con similares intentos. Es por ello por lo que creo que habría que contribuir a la salida de la crisis con algo más que una buena reflexión que busque en última instancia persuadir a los componentes de la comunidad de referencia. A mi entender, es necesario romper las ataduras que nos retienen con los instrumentos que hemos sido capaces de dotarnos hasta el momento actual, es decir, con los métodos y técnicas de investigación empírica alcanzados, con la teorización disponible tras el conjunto de reflexiones obtenidas (la que nos ocupa sería un buen ejemplo) y con la capacidad de operacionalización que hemos demostrado en aventuras más complejas. En suma, creo que en la reflexión sobre la crisis sociológica, tras los trabajos teóricos, se impone la necesidad de un conjunto de estudios empíricos de las distintas comunidades científicas nacionales e internacionales que den cuenta de cómo la crisis, o lo que quiera que sea, ha cristalizado y pervive en el ejercicio cotidiano de la profesión. Con ello habremos dado un paso más para alejarnos del estancamiento, al mostrar el *status* científico alcanzado hasta el momento y demostrar cómo podemos diagnosticar con nuestros propios medios nuestros propios males (siguiendo en la metáfora médico-biológica que tanto utiliza Pinnilla de las Heras). Por otra parte, tal vez consigamos entusiasmar en un trabajo que por definición es colectivo a

un sector mayor de nuestra comunidad. Del entusiasmo a la labor activa siempre existe un trecho menor que desde la apatía. Y lo que la sociología

necesita, como ciencia social, es actividad empírica bien fundamentada para remontar el vuelo.

Cristóbal TORRES ALBERO

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO
La Mentira Social.
Imágenes, Mitos y Conducta
 (Madrid, Tecnos, 1989)

Resulta inhabitual y sorprendente a un mismo tiempo encontrarse con libros que, dentro del ámbito español, emprendan un análisis lúcido y riguroso conceptualmente, desde una óptica que podríamos llamar filosófico-sociológica y que, además, estén escritos con una sensibilidad literaria poco frecuente. Este es un brillante ejemplo.

La Mentira Social, de Ignacio Gómez de Liaño, aborda, a mi modo de ver, una de las cuestiones más fundamentales que la sociología actual en particular y toda reflexión filosófica que se precie de tal tienen planteadas. Me refiero al lugar que las imágenes, mitos y ficciones, como factores sociológicos pero también imaginarios, ocupan en la sociedad contemporánea, condicionando la conducta, la voluntad y la acción del individuo.

La Mentira Social traza una línea que va de la República platónica a la ciudad publicitaria actual, indagando y preguntándose por el poder que las imágenes, mitos y ficciones revisten para la vida social del individuo y la utilización que de ellas hace el Estado, ya sea totalitario o democrático.

A primera vista podría parecer que se trata de la confrontación de dos poderes, cuando en realidad es más bien una alianza en la que se suman sus efectividades.

Para Gómez de Liaño, toda reconstrucción de las formas de la cultura contemporánea, incluidos valores, normas e ideologías, pasa previamente por un análisis de lo que las imágenes representan y significan para el todo de la sociedad. La búsqueda de ese estrato más profundo de significación, donde conciencia e imagen, política y representación se unifican para orientar y moldear la conducta de los individuos, es una de las más interesantes cuestiones que su autor trata de explicitar en este interesante libro.

El recorrido comienza con una indagación sobre el estatuto de la voluntad individual, el ya clásico tema del libre albedrío, tan preferido por nuestros autores barrocos. El problema de fondo aquí tratado atañe a la libertad del sujeto respecto a sus voliciones y a la determinación o indeterminación de éstas, que desde el interior y exterior se llevan a cabo. Ese interés por la libertad o esclavitud de

la voluntad respecto al individuo y las imágenes que en él se forman va a permitir al autor, una vez dirimida la cuestión, pasar al ámbito de las representaciones colectivas y emblemas que condicionan nuestra conciencia y por extensión el del imaginario social.

Fue el mismo Platón y su doble pedagogía (la «cognoscitiva» y la «vital») quien inauguró una reflexión sobre la política educativa que el Estado debe administrar para desarrollar las capacidades del individuo con el fin de su mayor integración y adecuación a la *polis*, línea de investigación que muchos siglos más tarde retomará experimentalmente la moderna psicología social en su proyecto de cientificación de la conducta. No deja de ser significativo, por otra parte, respecto a la pretendida neutralidad de las ciencias sociales, que tal disciplina, y nunca mejor empleada tal expresión, tenga su génesis en EE. UU.

La autorización por parte de Platón al Estado del uso de «mentiras útiles», cuyos fines son beneficiosos para el buen funcionamiento de la *polis*, marca el inicio de esa «mentira social» que culminará y se hará más refinada en el que podría calificarse de moderno estado-espectáculo. La política en éste, englobada en la esfera económica, se transforma en una mercadería más, cuya imagen y envoltorio definen su esencia. En política, la frase de Paul Valéry: «lo más profundo que hay en el hombre es la piel», citada por el autor, se revela y cumple como lema de su efectividad; la imagen logra envolver hasta la ausencia de política.

Los partidos políticos pasan a con-

vertirse de este modo en «empresas políticas que tratan de maximizar sus beneficios», satisfaciendo demandas y generando otras nuevas.

El análisis sociológico que el autor acomete con gran perspicacia y al mismo tiempo con profundidad pasa por la obra de autores tan destacados como Ortega y Gasset y Ralf Dahrendorf, Georges Sorel, Vilfredo Pareto y J. K. Galbraith.

La teoría orteguiana de los usos y la de Dahrendorf de los roles es estudiada con gran acierto al afirmar que estos dos autores «llegan por distintas vías a análogas conclusiones». Tanto para Ortega como para Dahrendorf, el individuo se ve conminado en la vida pública a adoptar una máscara y confeccionarse un personaje, como si de un segundo traje se tratara. El individuo, ser metamórfico, adoptará el papel de actor y protagonista de su propia representación en el gran teatro del mundo, cuyo carácter escenográfico y ficticio llega a dominar la vida pública.

Otro aspecto importante que merece citarse tiene que ver con la tan traída y llevada discusión sobre el individualismo en la moderna sociedad de masas. Es impensable —dice el autor— el individuo al margen del Estado, ya que el primero no es más que una configuración y fabricación del segundo. Por tanto, entre individuo y Estado no hay una antinomia insalvable, como muchos han visto, y buena prueba de ello es el alumbramiento de los derechos del individuo que el Estado le otorga. En el ficticio estado de naturaleza tales derechos no existen ni son previos al sujeto, sino que éstos

nacen como efecto de su integración a un ordenamiento jurídico. Ordenamiento que en el mundo moderno pasa por la integración sucesiva a grandes organizaciones que dirigen y administran su vida con fines y objetivos externos al propio individuo. De ahí que se combata la individuación extrema y la atomización de la vida social y política que, como señala acertadamente el autor, son los claros precedentes de los movimientos totalitarios. Pero como afirmación de nuevas formas de dominación e integración aparecen los que me atrevo a llamar «medios de formación de masas» y sus refinadas técnicas, cumpliendo su omnipotente y manipulador papel. La coacción física ha desaparecido de nuestros modernos estados, mientras que se incrementan las presiones psicológicas.

El individuo ha pasado a convertirse en el valor supremo de la cultura invirtiendo los términos de la moral kantiana. El otro ya no es tratado como un fin en sí mismo, sino que la competitividad de la sociedad basada en el trabajo productivo y la racionalidad burocrático-gerencial han acabado por convertir las relaciones con los demás en el medio utilizado para la consecución de nuestros propios fines. Civilización y barbarie devienen sinónimos al servicio de una dialéctica que paradójicamente es el fruto del espíritu de la ilustración.

El nuevo Estado industrial y su consiguiente producción de espectáculos son la consecuencia lógica y racional de ese proceso de secularización iniciado con la reforma protestante y el humanismo renacentista, en la que

el individuo, desligado de la esfera moral y religiosa, se constituyó en valor supremo y autónomo.

Los capítulos dedicados al análisis de las imágenes y mitos como factores sociológicos sirviéndose para ello de la obra de dos autores, a menudo infravalorados dentro de la moderna teoría social, como son Georges Sorel y Vilfredo Pareto, ocupan un destacado lugar en la argumentación y tematización propuesta por Ignacio Gómez de Liaño. La contribución teórica de estos dos sociólogos para el problema de las imágenes es crucial. Tanto Sorel como Pareto ponen de manifiesto su acuerdo al admitir que las profundas motivaciones a las que se ven impulsados los individuos no descansan tanto sobre elementos racionales y objetivos como en determinados estados imaginarios que condicionan el psiquismo y que pueden ser calificados de no-lógicos y subjetivo-afectivos.

Para Sorel serán los mitos (en su peculiar definición) que la mente colectiva forja y que posteriormente se depositan en el individuo, mientras que para Pareto son las acciones no-lógicas, con sus residuos y derivaciones, las unidades que afectan y explican los estratos más profundos de nuestra vida psíquica impulsándonos a la acción. Se trata, en definitiva, de desenmascarar la aparente racionalidad de nuestra conducta para poner de manifiesto la importancia de las imágenes mentales y los estados afectivo-sentimentales como condicionantes y motores de nuestras acciones. Es por ello que las imágenes pueden llegar a tener el poder de sustentar todo el engranaje social en el que se

articula la vida social y política de los estados industriales avanzados.

¿A qué causas cabe atribuir esa sobreproducción casi omnipotente de imágenes con sus consiguientes y devastadores efectos? Aquí entramos en lo que constituye y concentra el núcleo argumental del libro.

La presencia masiva de imágenes, espectáculos e idolomorfismos obedece a la necesidad social, por parte del poder económico-político, de mantener e incrementar la persuasión orientando y determinando al sujeto a fines concretos; combatir la atomización social, transportar de manera ultrarrápida mercancías para su uso y consumo, como convertir al individuo en un hombre igualitario y estandarizado cuya opinión no se diferencie de la de sus semejantes. En un mundo donde reina la opinión pública, contaminada por los medios de comunicación de masas, ésta pierde su elemento diferenciador y crítico anulando su eficacia. En una palabra, las nuevas tecnologías de la imagen tienen como fin la perfecta ordenación de la sociedad de masas en la época de la economía planificada. Sólo la alianza entre Estado y Empresa Transnacional y su perfecta sincronía de intereses y fines permite que tal tarea se haga efectiva: «Estado y empresa transnacional son dos caras de la misma moneda».

El efecto principal de tal alianza es que el Estado y las organizaciones multinacionales se convierten en los principales productores de espectáculos y la política en una gran escenografía a nivel planetario. En palabras del autor, «la política crea una imagen y después hace que se crea en la

realidad de esa imagen». Aparece así un nuevo concepto de realidad, o cabría decir suprarrealidad, que se fabrica desde instancias exteriores al propio individuo: «el discurso de la vida se torna, pues, el espectáculo surreal de la vida», originando un «conflicto entre la realidad del individuo y la verdad de la sociedad, la verdad que uno encuentra por sí mismo y la que se le impone desde el exterior».

La organización de la sociedad encuentra de esta forma sus resortes más ocultos en una gran maquinaria hipnótica en la que, por supuesto, entra el cine y cuyas funciones son no muy distintas, aunque a escala menor, de las que cumplieron en otros estadios del proceso civilizatorio las ideologías religiosas.

Lo racional deja de identificarse con el lenguaje verbal para dar predominio a un tipo de discurso afectivo, mucho más universal y primario, pero cuyos efectos psicológicos y sociológicos son más rápidos y eficaces.

Para finalizar este comentario me gustaría señalar que no se trata de un diagnóstico pesimista, aunque los órganos de ese gran Leviatán que llamamos Estado estén seriamente dañados. Nada más alejado de la intención de su autor, ya que, a su juicio, «es inconcebible cualquier forma de actividad humana civilizada o cualquier acción social decisiva sin que se cuente con el componente imaginario... Lo imaginario es sin duda un mecanismo de fuga y evasión, pero también la única posibilidad que tiene el hombre para ensimismarse... para crear en su interior un espacio propio desde el

que arrostrar y dar un rostro a los desafíos que le hace la realidad». Seguramente el problema radica únicamente en la utilización que de ese componente constitutivo imaginario se haga, tanto individual como colectivamente.

Esta crítica del espectáculo y de la tramoya que oculta, de la que sólo vemos los cambios de decoración y sus efectos prodigiosos, encuentra su me-

táfora en el viejo escenario de la caverna platónica y del que afortunada o desgraciadamente, quién sabe, somos herederos. Una duda me asalta al hilo de la lectura de este espléndido libro: ¿no estaremos en una caverna más profunda que la del mito platónico y de la que es difícil romper las ataduras que nos unen a todo tipo de ficciones e ilusionismos?

Eduardo VINATEA

C. SOLÉ

Sociología. Fundamentos filosóficos y cuestiones metodológicas

B. VISAUTA

Técnicas de investigación social. Modelos causales

A. BECHINI

Técnicas de investigación social. El diferencial semántico

(Barcelona, Editorial Hispano-Europea, 1986)

Siempre es arriesgado informar en un mismo texto acerca de libros de diferentes especialistas; y todavía aumenta más este riesgo teniendo presente que mientras que la profesora Carlotá Solé es socióloga, los profesores B. Visauta y A. Bechini son psicólogos sociales. Si bien las áreas son colindantes, mantienen también importantes diferencias respecto de fuentes del conocimiento y objetivos científicos.

En base a considerar que la sociología es una ciencia en evolución y que por ello mismo se acerca cada vez más al logro de observaciones sistemáticas sobre la realidad social, los especialistas necesitan, antes de comenzar sus investigaciones, explicitar de alguna manera los fundamentos epistemológicos de su perspectiva teórica y modelos y, en especial, las meto-

dologías sobre las que se construyen sus técnicas de observación y recogida de datos. De esa manera, además, contextualizan sus resultados y los sitúan en un determinado momento del desarrollo histórico de las ciencias sociales.

Por ello, los teóricos tienden a reexaminar periódicamente el desarrollo de la razón sociológica, como mejor forma de poder criticar la validez de los métodos y técnicas más usuales. Esta tarea se está realizando generalmente a la luz de la filosofía analítica de la ciencia.

La profesora Solé elabora un intento de vincular los problemas del método en sociología con los de la investigación social empírica, contrastándolo, además, con los análisis y críticas de algunos teóricos del positivismo lógico como T. Kuhn, I. Lakatos, F. Suppe y M. Bunge.

Se parte de una revisión de las relaciones entre práctica social e investigación social empírica, tomando como ejemplo a los tres grandes creadores de la moderna sociología: Marx, Durkheim y Weber, e incorporando la reciente actualización que se ha hecho de estas admirables sociologías clásicas.

Aunque dentro de la perspectiva analítica se pueden distinguir diversas explicaciones, según la autora todas ellas, en última instancia, se fundamentan en dos concepciones divergentes: la marxista y la weberiana. Se complica mucho el contraste teórico teniendo presente que se fundamentan también en dos posiciones anti-téticas del mundo social: una crítica y revolucionaria, orientada a trastocar el mundo social y político, y otra conservadora respecto de definir el cambio social y la evolución de las instituciones. Además, también se contraponen sus fuentes epistemológicas: hegelianismo y neokantismo.

La explicación funcional, como tercera vía para la comprensión de la sociedad, interpreta la realidad en diferentes partes, que dispuestas topológicamente en estructuras e interconectadas entre sí, cumplen funciones de mantenimiento del sistema como conjunto en equilibrio. Expuesta por un filósofo —E. Durkheim—, intenta establecer las bases del conocimiento científico de la sociedad sobre tipos de explicación semejantes a los de las ciencias naturales. Si bien se pueden encontrar ya en embrión estas concepciones en Comte, tanto Durkheim como sus seguidores tienden a eliminar de la interpretación de la vida

social cualquier referencia a hechos individuales. Son los hechos externos a la persona, los colectivos, los únicos que se pueden aislar y objetivar, sobre todo debido a su marcado carácter coercitivo.

Tanto la teoría del conocimiento que subyace en los presupuestos e hipótesis de cada teoría —sigue diciendo Carlota Solé— como la filosofía del hombre, la sociedad y el mundo que proyecta cada teórico, tienen una decisiva importancia a la hora de valorar los resultados de las investigaciones. En última instancia, los análisis sociológicos son también interpretaciones y valoraciones del mundo social y político; y por ello pueden estar contaminados con las ideologías. Como los investigadores elaboran sus proyectos a partir de teorías más o menos explícitas, hay que tener sumo cuidado al elaborarlos, ya que, frecuentemente, malos o deficientes resultados se deben más a carencias de diseño que a errores metodológicos o a sesgos en la aplicación de técnicas.

Para evitarlo, siempre es conveniente que se detallen cuidadosamente los fundamentos epistemológicos y teóricos de sus modelos, expliciten claramente sus componentes y relaciones (preferentemente en forma simbólica y matemática) y justifiquen la elección de unos métodos específicos sobre otros.

La propia concepción filosófica que subyace en la teoría weberiana, es decir, el neokantismo, ha limitado en gran medida el futuro desarrollo de sus aplicaciones, en una época de predominio del neopositivismo lógico.

Por otra parte, la explicación fun-

cional o «nomológica» consiste en aislar e interpretar los componentes de un conjunto que cumplen funciones de mantenerlo en equilibrio. Como toda función es finalista, se puede hablar propiamente de «causalidad entre hechos (datos)» sin tener que recurrir a analizar los propósitos o intenciones de los sujetos de la acción social, que por su propia naturaleza son difíciles de captar (incluso percibir). Sin embargo, revaloriza esta explicación el principio de que los procesos sociales están determinados causalmente por las acciones recíprocas de los actores, y también por la interdependencia y correlación de unos fenómenos con otros, matizado por las diferentes funciones contextuales que cumplen determinados hechos en el funcionamiento del sistema total. Sin embargo, tampoco este tipo de explicación es convincente (aunque sí útil, por su relativa facilidad de aplicación), debido sobre todo a limitaciones de enfoque y a las limitaciones propias del positivismo que subyace en sus planteamientos teóricos.

La revisión de estas perspectivas teóricas procede de la filosofía de las ciencias sociales. Aunque se ha intentado compatibilizar una explicación teleológica con otra causalista, la tendencia actual y más reciente tiende a sustituir la idea de «causalidad» por la de «posibilidad», y también se considera más científico hablar de «acontecimientos» o «circunstancias que hacen posible» que hablar de «causas». Al respecto se citan las últimas concepciones de M. Bunge publicadas en *Materialismo y ciencia*.

El replanteamiento crítico respecto

del concepto de «sociología» y de otros conceptos analíticos estrechamente relacionados (acción social, contexto, grupo, etc.) es, en conjunto, bastante útil para estudiosos de la sociedad y, en concreto, muy interesante para metodólogos. Si el especialista en aplicaciones empíricas, e incluso el interesado en nuevos desarrollos técnicos de la sociología, se plantea algunos de los problemas del conocimiento, y sobre todo de los límites del conocimiento social¹, posiblemente se enriquecería la elaboración de modelos y se dudaría de la aplicación de algunos factores explicativos corrientes que nos remiten a un soñoliento superempirismo vinculado a nuevas formas de brujería (S. Andrewski) e incluso de control social y político (J. Ibáñez).

El marcado interés de la autora por estos problemas la lleva, en la última parte de su libro, a plantearse la mayor o menor validez de los dos tipos principales de explicación sociológica que surgen de la tradición: la teleológica y la nomológica, que presentan diferencias notables. Aunque la primera explicación viene a paliar la evidente dificultad de aplicar a las ciencias sociales el método propio de las ciencias naturales, tiene que partir de categorías discutibles. Entre ellas, la de «intención», si bien aparece como la principal para penetrar en el ámbito de lo mental y social, arrastra significados psicológicos. Max Weber habla de «sentido» y «finalidad» para

¹ G. BACHELARD, *Epistemología*, Anagrama, 1973, y, en especial, P. BOURDIEU y otros, *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, Madrid, 1980.

expresar tanto la peculiaridad de los fenómenos sociales como la posibilidad de que todo observador puede aprehender la realidad social empáticamente, comprender los actos humanos y, por añadidura, describirlos.

Al respecto, habría que destacar que la verdadera tarea del científico social debería ser el descubrimiento de la finalidad y significado ocultos tras las intenciones de los actores sociales en interacción (y conflicto). Desde estos presupuestos, sin embargo, surgen numerosos problemas de interpretación de las acciones y conductas colectivas a diversos niveles: grupos, clases, estratos, etc.

La metodología sociológica trata todavía ahora de responder a preguntas fundamentales —e incluso fundacionales— de la sociología, sobre todo en dos aspectos: ¿qué hechos representan la causa y cuáles los efectos, y de qué manera se logran comprender los hechos sociales? El desarrollo de modelos es en buena medida una historia de la interpretación y explicación.

Actualizando la polémica sobre la mayor o menor validez de los distintos modelos analíticos, la profesora Solé recurre a las críticas de los filósofos de la ciencia, concluyendo que hay que desarrollar —incesantemente— conceptos científicos que nos ayuden a renovar los modelos al uso e incluir nuevos componentes.

Pasando al libro siguiente, hay que destacar que nadie duda actualmente de la gran utilidad que tienen los modelos causales en sociología y otras ciencias afines (psicología social, antropología cultural, comunica-

ción) para buscar relaciones entre datos (hechos) y explicaciones funcionales. Su utilidad, además, aparece revalorizada por el desarrollo de nuevos paquetes de programas para el tratamiento automático de datos².

Sin embargo, también es cierto —y en el prólogo B. Visauta lo explicita— que a pesar de la justificación matemática de sus técnicas de tratamiento (los denominados «paquetes estadísticos») a menudo no se adaptan a las necesidades de la investigación social, y en lugar de facilitar explicaciones causales válidas sólo producen datos difícilmente interpretables que a menudo confunden el análisis. Este reconocimiento del relativismo de las estadísticas en su aplicación a la realidad social está explícito en muchos sociólogos españoles familiarizados con estas técnicas cuantitativas, como J. Ibáñez, F. Alvira y M. García Ferrando, por ejemplo³. Hay que desmitificar la validez de algunas aplicaciones indiscriminadas, por la ausencia de una crítica que conduzca a la reflexión sobre su alcance. No valen todas las técnicas estadísticas para todos los modelos de investigación, ni muchos modelos de investigación necesitan para obtener buenos resultados de la aplicación de estas técnicas cuantitativas.

² Al respecto hay que destacar la contribución realizada en los últimos años por J. J. SÁNCHEZ CARRIÓN, *Introducción a las técnicas de análisis multivariable aplicadas a las Ciencias Sociales*, CIS, Madrid, 1984, y, muy recientemente, *Introducción al análisis de datos con SPSS-PC*, Alianza, Madrid, 1989.

³ M. GARCÍA FERRANDO, F. ALVIRA y J. IBÁÑEZ, *El análisis de la realidad social*, Alianza, Madrid, 1986.

Respecto del contenido de este libro, también hay que aclarar las dificultades que conllevan para numerosos estudiantes e investigadores la comprensión de fórmulas, ecuaciones y símbolos matemáticos. Hay que reconocer la debilidad de la formación estadística de las actuales generaciones de sociólogos y psicólogos sociales, que a menudo limitan sus posibilidades para elaborar modelos cuantitativos válidos que permitan aportaciones nuevas respecto de la explicación social. Pero también hay que apoyar la necesidad de que los lectores se vayan formando progresivamente en matemáticas modernas. Y este libro estimula a ello.

Aunque su contenido versa principalmente sobre diversos modelos causales y de relación entre variables de carácter simple, al avanzar la lectura el autor expone análisis más sofisticados, como el análisis factorial y el *path analysis*, que, además, tienen una gran utilidad en el moderno análisis de resultados de encuestas por muestreo representativo.

La última publicación, de la que es autor A. Bechini Tejados, expone minuciosamente los principios metodológicos y las aplicaciones de una de las técnicas más importantes de aplicación a los estudios tanto de psicología social como de comunicación: el diferencial semántico.

En la concepción de Ch. Osgood y sus colaboradores, el significado de «algo» se puede medir por medio de la construcción de indicadores de dimensión y de evaluación de su diferente peso específico en la totalidad. Como todo significado se refiere a

un repertorio básico de connotaciones de valor, adquiere una fuerte relevancia el contexto cultural de las actitudes y orientaciones valorativas de colectivos específicos: grupos, clases, estratos, etc.

Como las escalas por las que se mide el «diferencial semántico» contienen pares de adjetivos opuestos, los atributos de valor están organizados en ejes que forman el significado. Se obtienen, así, posiciones de individuos y de conjuntos de individuos en las escalas, que a su vez, tal como repetidamente ha aplicado Osgood, se pueden poner en correlación con tipos de actitudes; por ejemplo, políticas o económicas.

Aunque se reconoce positivamente la utilidad de esta técnica, sobre todo para captar y estructurar orientaciones básicas hacia objetos específicos de actitud, también se tienen presentes determinados problemas de interpretación ligados a los principios del método. Por ejemplo, ¿qué dimensiones mide realmente el diferencial semántico?; o ¿el contexto de la escala es el de la cultura o el de las emociones? Y también surgen problemas relacionados con la medida: ¿qué variables organizan los significados específicos?; o bien, ¿qué unidades e intervalos hay que incluir en la escala para que se expresen correctamente las distancias entre valoraciones?

La utilidad de este libro es muy superior a cualquier otro escrito en castellano sobre dicha técnica. Se trata de una exposición rigurosa, clara, precisa y crítica que no escatima ejemplos prácticos. Como el significado de las palabras no es el mismo según

áreas lingüísticas, se comparan las lenguas castellana-mexicana y catalana exponiendo los pesos factoriales de las 60 escalas correspondientes a las tres dimensiones de evaluación, potencia y actividad que contiene el diferencial semántico.

Los libros de sociología coadyuvan a facilitar el acceso del público no especializado a las ciencias sociales, facilitando la difusión de nuevos conocimientos y estimulando el estudio en general. Sin embargo, y refiriéndonos en concreto a los dos libros de técnicas de investigación, la utilización en

los mismos de notaciones lógico-simbólicas y matemáticas avanzadas en el desarrollo de modelos y aplicaciones, restringen su uso completo a estudiantes, profesores e investigadores de las ciencias sociales. Nos queda el consuelo de que el número de éstos es cada vez mayor y por ello amplían la demanda de conocimientos técnicos, que a su vez repercuten —y repercutirán todavía más— en el progreso educativo y social de nuestra sociedad española en transformación.

Miguel ROIZ

RAVI BATRA

La Gran Depresión de 1990. Qué ocurrirá y cómo proteger su economía
(Barcelona, Grijalbo, 1988)

Ediciones Grijalbo ha publicado en castellano (traducido por J. A. Bravo) el libro de Ravi Batra *The Great Depression of 1990*, que fue editado en 1987 en Estados Unidos por Venus Books. Este libro ha sido un *best-seller* en EE. UU., y el éxito en lengua castellana parece que también está asegurado. Es un libro de lectura muy fluida, bien traducido, e interesante, aunque se discrepe de sus argumentos y de las conclusiones a las que llega.

Si bien es un libro de economía —la de Estados Unidos—, tiene, bajo mi punto de vista, un notable interés para los sociólogos, ya que parte del estudio de un modelo social al que le otorga una validez universal. Sobre dicho modelo centraré la mayor parte

de mis comentarios en esta reseña crítica.

El libro consta de 225 páginas, divididas en nueve capítulos y cuatro apéndices —tres de ellos son cuadros estadísticos, y el cuarto, de cronología histórica— justificativos de lo que se sostiene en el texto.

En el primero de los capítulos se hace un planteamiento general de todo lo tratado en el mismo y la venta de su mensaje bajo el expresivo título «¿Puede volver a ocurrir?». En el segundo se formula y analiza la hipótesis de la que parte, «La ley de los ciclos sociales», en torno a la cual se monta toda la argumentación que se sostiene en los capítulos que siguen, que son de carácter económico: los

ciclos de crecimiento monetario (capítulo 3), de la inflación (cap. 4), de la intervención del sector público (mediante el proceso normativo de regulación de la actividad económica) (cap. 5). En el capítulo 6 pasa a ocuparse de las principales depresiones económicas por las que ha atravesado Estados Unidos —que atribuye a la concentración de la riqueza—; en el capítulo 7 aventura por qué sobrevendrá la depresión que nos anuncia, estableciendo un símil (pp. 143-44) bastante curioso entre los acontecimientos económicos de los años veinte —precedentes de la gran depresión de 1929— y los años ochenta, precedentes también de la de comienzos de la próxima década. Finalmente, los dos últimos capítulos los dedica a prevenirnos cómo evitar las principales consecuencias de la inevitable crisis.

A cualquier lector avisado rápidamente le llama la atención que el método seguido por el profesor Batra es una síntesis de dogma y de empirismo, lo que probablemente no sea ajeno a la educación y vertiente profesional de su autor.

Es un libro en el que se ofrecen recetas muy curiosas para salvarse del diluvio universal que nos anuncia para dentro de pocos años: para 1990. Así que el que no quiera perecer en el inminente infierno económico, debería leerlo, y si le convencen los argumentos expuestos, seguir sus consejos: gastar menos y ahorrar más, reducir el endeudamiento, no realizar inversiones inmobiliarias, etc. (todo esto sujeto a unos plazos en los que el riesgo aparece diversificado). Al menos tendrá la oportunidad de conocer las razo-

nes de su condena, y la de los otros, lo que no es poco. A mayor abundamiento, el lector también tendrá ocasión de comprobar el cumplimiento de algunas de las profecías anunciadas por el doctor Batra: la revolución iraní, la guerra Irán-Irak y otras.

La hipótesis de partida es el cumplimiento inexorable de las leyes sociales: el determinismo histórico. El comportamiento social, nos dice, no es ni mucho menos aleatorio; por el contrario, todo está prefijado para que se cumpla con el mismo rigor que lo hacen los fenómenos naturales como, por ejemplo, la ley de la gravedad.

Batra basa su análisis en el modelo de las clases sociales diseñado por Sarkar, en el que se parte de que la sociedad está compuesta por cuatro clases sociales: los *menesterosos* —en el que un tanto despectivamente se incluyen a los trabajadores manuales, de los que dice que tienen pocas ambiciones en la vida—, los *guerreros* —incluye los cuerpos de seguridad a todos los niveles, a los que caracteriza como a las personas que aman el peligro físico—, los *intelectuales* —los que intentan resolver sus problemas a través del cerebro y no de la fuerza física— y los *logreros* —los especuladores de todo género cuya meta en esta vida es la de amasar fortuna—.

Aunque, con restricciones, el modelo admite la movilidad social entre las diferentes clases, pero los *roles* que cada una desempeña están bastante definidos. En general, nos dice, en todas las sociedades «... los guerreros se encargan de mantener la ley y el orden, los intelectuales cultivan la filosofía y la religión, y los logreros

dirigen la economía, mientras los menesterosos sirven como mano de obra» (p. 36).

En cada momento histórico una de estas clases es la dominante, pero siguen una cadencia inexorable y universal: comienza por los menesterosos, continúa con los guerreros, después con los intelectuales y finalmente toca el turno a los logreros. Con ellos estamos ahora. Y no es que le disguste al profesor Batra; lo que le aterra es que después vendrán los desposeídos, los que carecen de educación y de ideas, los que lo echan todo a perder. En descargo de los menesterosos, cabe decir que son tan poco ambiciosos que raramente empuñan las riendas —dejan pasar su turno—, con lo cual, en realidad, el relevo corresponderá a los guerreros.

El tránsito entre clases, en la concepción de Sarkar-Batra, no es producto de la lucha de clases, sino de una ley de evolución natural (la de los ciclos sociales: «... el poder y la influencia pasan de unas clases a otras según un patrón determinado...» —p. 51—), lo cual no quiere decir que el cambio sea siempre pacífico.

¿Y cómo podemos identificar en cada momento «histórico» cuál es la clase dominante? ¿Cuáles son sus características diferenciadoras? Batra es contundente en sus afirmaciones. La era de los menesterosos se distingue porque la sociedad padece la falta de liderazgo; en consecuencia, reina la anarquía debido a la ausencia de orden social: se desprecian los vínculos familiares, los valores más nobles y la vida moral se relaja. No existía

gobierno que impusiera un determinado orden social. Esta era pertenece a una cultura prehistórica, casi salvaje, donde el nivel de instrucción es prácticamente nulo. La relación hombre-mujer es puramente biológica, con ausencia de vínculos legales y morales. En realidad, en los últimos estadios de la era de los menesterosos, quienes regían la sociedad eran los logreros. La evolución tiene lugar porque van surgiendo individuos de mentalidad no menesterosa, sobre todo guerreros.

En fin, una etapa histórica a la que, principalmente por razones culturales, difícilmente podrá volver la humanidad. Pero la clase social menesterosa pervive y está hoy representada por los trabajadores manuales.

La era de los guerreros se manifiesta en que el poder lo ejerce el ejército a través de un dictador. El poder es absoluto y el pueblo está sometido a una dura disciplina, tanto familiar como social, pues uno de sus rasgos es la creación de instituciones —entre ellas, la del matrimonio—. La mujer pasa a ocupar un lugar relevante en la sociedad, aunque sólo sea porque el sistema necesita del crecimiento demográfico con fines bélicos.

Pero los gobiernos despóticos son inestables. La disciplina sometida a la ley de hierro y fuego es limitada. A la larga se llega a un vacío de poder que sólo puede ser cubierto por los intelectuales, que vencen a los militares mediante las armas de la razón después de que aquéllos hayan perdido las de la fuerza en empresas guerreras y hayan sumido la sociedad en la banarrota. El guerrero es vencido por la astucia, pero los intelectuales lo nece-

sitan para que les preserve el orden social. La estructura del poder apenas cambia con los intelectuales. La mujer incluso sale peor parada: tras «... engañar al héroe en el terreno intelectual, los vencedores implantan la servidumbre de la mujer privándola por completo de libertades, echando sobre ella una red todavía más tupida que la utilizada para someter a las demás clases...» (p. 46). Y más adelante prosigue Batra: «La era de los intelectuales también dio origen a la prostitución, invento que debe atribuirse en exclusiva a los sacerdotes y demás intelectuales que consagraron la sumisión de la mujer al hombre...» (p. 47).

En el fondo, los intelectuales son unos manipuladores sociales que utilizan su ingenio para dominar a las restantes clases. Desde la propia intelectualidad se generará una subclase, la de los logreros, representada por individuos que en las disputas doctrinales aparecerán como los perdedores, pero que, en compensación a su debilidad intelectual, se dedicarán a atesorar riqueza. De esta forma irá surgiendo una filosofía individualista que pondrá los derechos individuales de los hombres por encima de los sociales; una mentalidad adquisitiva que irá poco a poco desplazando el poder en su favor. «Los logreros —escribe Batra— difieren de los intelectuales sobre todo por la manera de usar su mente. Aunque los segundos también son aficionados a las comodidades de la vida y a los bienes materiales, gustan de cultivar curiosidades del espíritu y teorizaciones acerca del mundo, que a los primeros les trae sin cuida-

do» (p. 49). Los intelectuales ayudan a los logreros a mantenerse en el poder mediante doctrinas que justifican su supremacía. Después les siguen en el apoyo los guerreros y los menesterosos, porque la mentalidad adquisitiva también acaba por contagiarles. Tanto el feudalismo como el capitalismo son dos modelos de hegemonía de la era de los logreros.

El profesor Batra ofrece escasos testimonios históricos del cumplimiento de los ciclos sociales. Los ciclos rítmicos, que son la base de su argumentación, no aparecen por ninguna parte, lo cual demuestra que los fenómenos sociales no son tan sencillos. En consecuencia, tomar como hipótesis una ley de los ciclos sociales para deducir que son trasladables a los ciclos económicos, no parece muy serio. Y esto es justamente lo que hace en su libro.

Porque el libro que comentamos es, sobre todo, un libro de economía. Y lo que trata de demostrar es que ésta, como ciencia social que es, también está sujeta a ciclos rítmicos de cumplimiento exacto. No se trata de los ciclos económicos tan estudiados por los economistas cuya periodicidad era aproximada. En este caso, la cadencia es rítmica. Existe un determinismo histórico y trata de probarlo a través del estudio del crecimiento monetario, de la inflación y de la regulación del sector público. La conclusión a la que llega es que cada treinta años estas variables alcanzan un máximo, que además es coincidente en el tiempo, lo cual origina crisis. Desde el punto de vista económico, estos tres capítulos son los más importantes.

Pero lo que yo pretendo resaltar es la vertiente metodológica y sociológica. Si de esta última ya he dicho que no se ven los ciclos rítmicos por ninguna parte, la metodología me parece incluso más débil. Para el doctor Batra, el hombre no es sujeto de su historia ni tiene mecanismos para variar el curso de los acontecimientos a través de la acción. No merece la pena luchar porque este mundo mejore. Únicamente cabe la salvación individual, nunca la colectiva. Y, naturalmente, los únicos que pueden salvarse en este mundo son los privilegia-

dos. Los pobres, a los que significativamente ignora Batra, se supone que tendrán la recompensa en el otro. El mensaje que parece transmitirnos es que en este mundo están para ser pobres, y lo mejor que pueden hacer es estarse callados porque de sus demandas de justicia social no van a sacar nada. Todo está previsto de antemano y nadie lo cambiará. En cambio, para los afortunados de esta sociedad sí existen algunas salidas, si es que siguen las recetas del doctor Batra.

Mónica EGEA RECHE